

Casals se enamora a los 80

por Alfredo Mansilla

Exclusivo para ELITE

Pablo Casals ha vuelto a Puerto Rico. Acaba de regresar, pero para quedarse. El día en que cumplió ochenta años, viajaron a Puerto Rico periodistas, amigos y admiradores de todo el mundo para unirse a la celebración. No sólo ha llevado Prades a Puerto Rico, sino que ha adoptado a la Isla como su segunda Patria.

—Siempre quise al mar— ha dicho—. Siempre me fué necesario... Y creí que el que desde niño contemplaba era el más hermoso de todos, pero tengo que decir ahora que estaba equivocado. Este mar, este mar de Puerto Rico, que mi madre quería

un ser cálido y comprensivo. El extraordinario artista demostró ser un hombre de convicciones y de tremenda sencillez. La figura legendaria en el mundo de la música por sus interpretaciones de Bach.

Durante los tres meses que en ese entonces pasó en la Isla, Don Pablo vivió en un pequeño apartamento a orillas del mar. Su primer viaje fuera de San Juan fué hasta Mayagüez, donde nació su madre, para descubrir la lápida que recuerda los nexos de sangre del insigne Maestro con Puerto Rico. Ante la multitud allí reunida Casals ejecutó una obra de



a los 80

por Alfredo Mansilla

Exclusivo para ELITE

Pablo Casals ha vuelto a Puerto Rico. Acaba de regresar, pero para quedarse. El día en que cumplió ochenta años, viajaron a Puerto Rico periodistas, amigos y admiradores de todo el mundo para unirse a la celebración. No sólo ha llevado Prades a Puerto Rico, sino que ha adoptado a la Isla como su segunda Patria.

—Siempre quise al mar— ha dicho—. Siempre me fué necesario... Y creí que el que desde niño contemplaba era el más hermoso de todos, pero tengo que decir ahora que estaba equivocado. Este mar, este mar de Puerto Rico, que mi madre quería contarme, es el más bello que he contemplado en mi vida.

En diciembre de 1955 llegó Pablo Casals a San Juan para iniciar su nueva vida en Puerto Rico. Miles de personas apiñaron en el muelle, en ese nublado amanecer, para recibir al Maestro, quien cumplía así su promesa de no morir sin visitar la tierra de su madre.

Los isleños amantes de la música lo acogieron con una veneración casi filial. Lejos del personaje olímpico que esperaban, se encontraron con

un ser cálido y comprensivo. El extraordinario artista demostró ser un hombre de convicciones y de tremenda sencillez. La figura legendaria en el mundo de la música por sus interpretaciones de Bach.

Durante los tres meses que en ese entonces pasó en la Isla, Don Pablo vivió en un pequeño apartamento a orillas del mar. Su primer viaje fuera de San Juan fué hasta Mayagüez, donde nació su madre, para descubrir la lápida que recuerda los nexos de sangre del insigne Maestro con Puerto Rico. Ante la multitud allí reunida Casals ejecutó una obra de Bach, y una canción de cuna. "El Canto de los Pájaros", posiblemente la primera que oyera cuando niño.

El pueblo lo escuchó entre admirado y sobrecogido. La comunión con el medio fué perfecta.

El Instituto Politécnico le confirió el doctorado "honoris causa", que él aceptó. Al entrar al salón del Politécnico, en la procesión académica, el público, de pies, le tributó una de las más grandes ovaciones que Casals haya escuchado.

Escuchar el violoncello de Casals es una experiencia emocionante. Pero verlo tocar lo es mucho más. Sus ágiles dedos caen sobre las cuerdas con una exactitud increíble, siempre; mientras, su arco se mueve dentro de los más ricos matices interpretativos desde lo robusto, a lo tierno y a lo mágico. En la gráfica Pablo Casals ha logrado embrujar, por así decirlo, a Alfredo Mantilla, Director de Actividades Culturales y Sociales de la Universidad de Puerto Rico.





Su novia es el mar
de Puerto Rico: "Es
el más bello que
he conocido en mi vida"



Casals vive en un apartamento cerca del mar. Tanto cuando conversa con los amigos como cuando se encamina a alguna cita, Casals, gusta de pasear por la orilla del mar.

Casals tiene hoy ochenta años. Muchos creían que el retiro produciría un decaimiento. Pero su pulso, su oído, la fuerza de su arco, la agilidad de sus dedos no han sufrido con los años. Yo lo oí por primera vez en París, en el inolvidable ciclo conmemorativo del centenario de la muerte de Beethoven, y mi último contacto con su música había sido en Barcelona, donde dió un concierto de obras de Haydn y Dvorak mientras las bombas acechaban y caían en aquella locura colectiva de la guerra civil. Después... el silencio y la agonía de todos, dentro y fuera de España, y Casals encerrado en Prades, en los

Los dedos caen en su sitio con agilidad increíble mientras el arco ataca firme y recio o acaricia como una mano tierna y prodigiosa.

Las palabras de Don Pablo tienen el encanto y la seriedad de sentencias del viejo refranero castellano, filtrado por un remoto y dulce acento, con toda la malicia ingenua de las frases de un payés catalán.

—Los hombres de hoy saben muchas cosas... Tal vez demasiadas... Pero se olvidan con frecuencia de lo más elemental.

—¿A qué llamaría usted lo más elemental, Maestro?

—Al Padrenuestro, por ejemplo...

propia. Mire.. Mire... Todo es tan claro... Es lo que más se parece a Bach.

Ahora Don Pablo se apresura a presentarse en el Festival Casals de Puerto Rico, instituido como un tributo a su genial temperamento y su amor a la Isla.

Casals que actuará como director también, será intérprete y responsable de la interpretación de una serie de conciertos de cámara entre el 22 de abril y el 8 de mayo. Participarán en el Festival famosas personalidades del mundo musical procedentes de las más diversas partes del mundo, como Rudolf Serkin; Eugeno Istomin; Miec-



Casals vive en un apartamento cerca del mar. Tanto cuando conversa con los amigos como cuando se encamina a alguna cita, Casals, gusta de pasear por la orilla del mar.

Casals tiene hoy ochenta años. Muchos creían que el retiro produciría un decaimiento. Pero su pulso, su oído, la fuerza de su arco, la agilidad de sus dedos no han sufrido con los años. Yo lo oí por primera vez en París, en el inolvidable ciclo conmemorativo del centenario de la muerte de Beethoven, y mi último contacto con su música había sido en Barcelona, donde dió un concierto de obras de Haydn y Dvorak mientras las bombas acechaban y caían en aquella locura colectiva de la guerra civil. Después... el silencio y la agonía de todos, dentro y fuera de España, y Casals encerrado en Prades, en los Pirineos franceses, con su violoncelo que gemía a solas en una pequeña habitación pero sonaba como grito de protesta por todo el mundo. Al oírlo de nuevo en Puerto Rico, comprobé sorprendido que el Maestro está tocando mejor que nunca.

Ver tocar a Casals —no he dicho oír, que es experiencia aparte— es un espectáculo conmovedor. Echando la cabeza hacia atrás o bajando la barbilla hasta el pecho, permanece con los ojos cerrados y sólo los abre en ocasiones, para mirar a quienes lo rodean como tratando de llamar la atención, con un destello breve, sobre determinado pasaje de la obra. Un sordo murmullo, casi un gemido, sale de la garganta del Maestro, como una nota más que completa la música.

Los dedos caen en su sitio con agilidad increíble mientras el arco ataca firme y recio o acaricia como una mano tierna y prodigiosa.

Las palabras de Don Pablo tienen el encanto y la seriedad de sentencias del viejo refranero castellano, filtrado por un remoto y dulce acento, con toda la malicia ingenua de las frases de un payés catalán.

—Los hombres de hoy saben muchas cosas... Tal vez demasiadas... Pero se olvidan con frecuencia de lo más elemental.

—¿A qué llamaría usted lo más elemental, Maestro?

—Al Padrenuestro, por ejemplo...

Y da una larga chupada a la pipa que inalterablemente subraya en su boca cualquier pensamiento.

Un grupo de músicos portorriqueños toca para él los ritmos limpios y ágiles de una "plena" o se enzarza en la gracia de un "seis chorreo". El Maestro Casals escucha atento, mueve la cabeza, sonríe.

—¿Qué le parece, Don Pablo, esta música popular portorriqueña?

—Que es la música en su estado natural. Observe cómo los instrumentos se separan. Cada cual tiene bien clara su misión en el conjunto.

—¿Hay mucha España en ella?

—La necesaria y natural. Pero en todas partes la música popular se da a cosa

propia. Mire... Mire... Todo es tan claro... Es lo que más se parece a Bach.

Ahora Don Pablo se presenta a presentarse en el Festival Casals de Puerto Rico, instituido como un tributo a su genial temperamento y su amor a la Isla.

Casals que actuará como director también, será intérprete y responsable de la interpretación de una serie de conciertos de cámara entre el 22 de abril y el 8 de mayo. Participarán en el Festival famosas personalidades del mundo musical procedentes de las más diversas partes del mundo, como Rudolf Serkin; Eugenio Istomin; Miécyslaw Horszowsky; Jesús María Sanromá, el pianista portorriqueño que por primera vez actuará bajo la dirección de Casals; Isaac Stern y Joseph Szigeti, los renombrados violinistas; María Stader, soprano; Gerard Soluzay, baritono; Alexander Schneider y sus compañeros del Cuarteto Budapest, y una orquesta especial. El Maestro dirigirá y tocará como solista en varios de los conciertos, que se realizarán en el Teatro de la Universidad de Puerto Rico.

A la edad de 80 años el mundo espera que este artista enamorado del mar de Puerto Rico viva muchos años más. Pero otros más realistas temen, quizá, que esta sea una de las últimas presentaciones de este genio de nuestro tiempo.